

# La Calabaza del Diabl

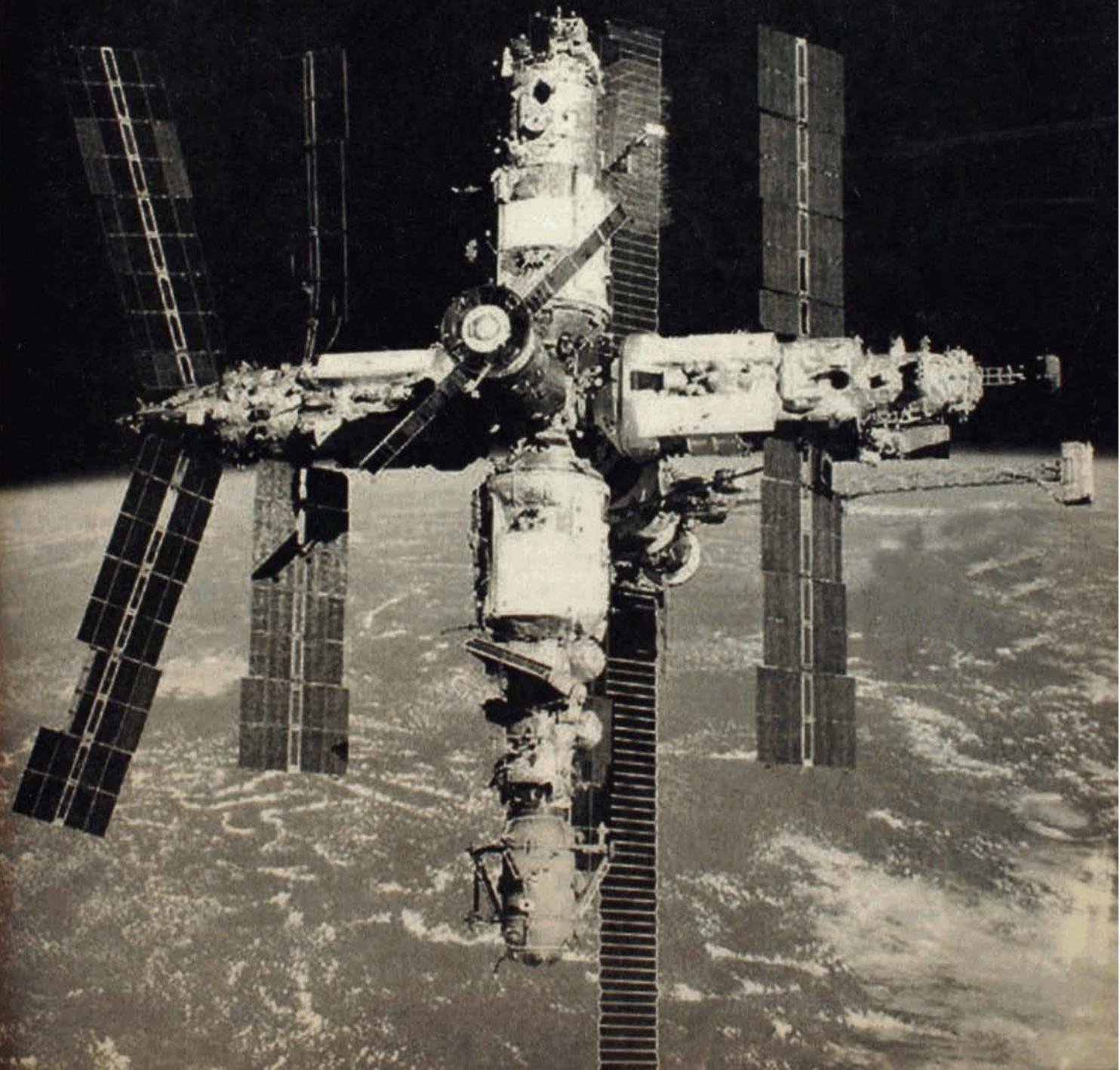
abril 2001, santiago de chile

año 3 / número 10

\$ 1.000

**DE MANERA QUE en la larga y angosta república/toda la gente/sobreviviente a los lamentables accidentes/vive la vida en paz, juega cacho/toma chicha/fornica y se ducha. Pero cabe la sospecha/de que la tal chicha sea una mixtura de vino barato, jugo de huesillos, anilina y azúcares/y que los dados/ estén cargados**

**Rodrigo Lira**  
*Proyecto de Obras Completas*



Es muy feo -aunque no de mal gusto- hacer epitafios a gente que merezca reconocimiento; pienso que, si uno tiene algo bueno que decirle a alguien destacado, es mejor hacerlo en vida. Pero el mundo o lo que te rodea -tal como dijo Oscar Wilde, el más grande dandy- va muy rápido y muere joven; aunque, siguiendo con la paráfrasis del escritor irlandés, "no se conserva bello". Todo pasa de moda muy rápido, todo al final se desecha y se transforma en basura. Mauricio Wacquez era un dandy, y murió a los 60 años. Aunque no es una edad en la que se le pueda considerar como "joven", sí vivió rápido y hasta hace unos nueve años -cuando lo conocí- era una persona muy bella.

En 1991, trabajaba en la revista Apsi. Por esos años hacía uno que otro comentario de libros. Pero no a cualquier tipo de libros pues todos, sin excepción, pertenecían a Anagrama, Tusquets o Circe, las editoriales que distribuye en Chile "Fernández de Castro", cuya dueña tuvo algún tipo de parentesco con nuestro Premio Cervantes, Jorge Edwards. Fue precisamente ella la que me dijo un día:

-No sé si lo conoces, pero la próxima semana viene Mauricio Wacquez, un escritor chileno que reside en España. ¿Lo ubicas? ¿No? El que escribió *Toda la luz del mediodía... Excesos...* La generación del 60... Antonio Skármeta, Carlos Olivárez, Ariel Dorfman, Juan Agustín Palazuelos...

-No lo ubico -le contesté con franqueza.

-Bueno, él viene a Chile y te lo podría contactar por si quieres entrevistarlo o algo.

-Lo voy a pensar -le dije y luego, con varios libros Anagrama en la mano, me marché sin ninguna intención de entrevistar a ese tal *Vásquez*, como le decía yo.

Ese día no volví a la revista. Era verano, y prefería tomarme unas cervezas en el departamento de Juan Pablo Donoso -quien años después se transformaría en coordinador editorial de la revista-. Lo primero que hice al llegar fue dejar los libros sobre una mesa y preguntarle:

-¿Conoces a un escritor chileno, un tal Mauricio Vásquez?

Donoso sonrió y me dijo: "¿No será Wacquez?" Agité afirmativamente mi cabeza, y luego desapareció y volvió con un libro en la mano. Era un libro ajado, con páginas amarillentas como dientes de vagabundo, y su portada era azul. Se llamaba *Toda la luz del mediodía* y estaba firmado por Mauricio Wacquez.

-¿Y cómo es? -le pregunté.

-Total.

Lo comencé a hojear y mascullé: "Lo podríamos entrevistar".

-Difícil. Ese tipo vive en España.

-Viene la próxima semana.

Los ojos de mi amigo se iluminaron, y en el acto se ofreció para sacar las fotos.

-Pero Donoso, tú no eres fotógrafo.

-No importa. Con tal de conocer a este tipo hago de fotógrafo, de lo que tú *querai*.

# Epitafio para un dandy

-¿O sea, que eres un poquito *fan* de Mauricio Vásquez?

-Wacquez.

Nos tomamos las cervezas, me llevé el libro de Wacquez y a los dos días telefoneé a "Fernández de Castro" para decirle que quería entrevistar a Mauricio Wacquez. Me leí *Toda la luz del mediodía*, narrativa que comienza con un tipo sobre un escritorio tratando de hacer una novela. El narrador es algo así como un filósofo. Y también recopilé un poco de información para la entrevista. Wacquez junto al líder de la generación de los 60 Juan Agustín Palazuelos (*Según el orden del tiempo*), solían ir a Isla Negra *para ver* a Neruda, pero lo que realmente hacían era drogarse en la playa y nada de visitas a Neruda.

Mauricio Wacquez, homosexual, vivía al límite, tal como diría su otro libro, *Excesos*. Pero también Wacquez junto al intelectual Luis Oyarzún, solía deambular por las noches los alrededores de la calle Matías Cousiño, en el centro de Santiago, en busca de aventuras sexuales. Una especie de Lemebel adelantado.

Al final la entrevista fue en la casa de la hermana de Wacquez, en Providencia. Juan Pablo Donoso y yo llegamos a la hora. Donoso con la cámara fotográfica Zenit -propiedad de Coti, su insoportable hermana- y yo con una grabadora inmensa y vieja (ya en esa época, en la revista habían comenzado a pagar con grabadoras y máquinas de escribir).

La tarde anterior habíamos hablado por teléfono y me había causado una muy buena impresión. Mauricio Wacquez era un tipo simpático que derrochaba ironía.

Entramos a la casa y Mauricio Wacquez nos dio la mano con auténtico afecto. Wacquez era un tipo extremadamente elegante; usaba un bastón que acomodaba como la situación lo ameritara. A su lado, el hijo de Jorge Edwards observaba inquisitivo.

-Antes que nada -dijo-, ¿algo de beber?

-Cerveza -contestamos los dos al unísono.

-No prefieren mejor, un buen vino.

-Ya. -También fue al unísono.

Hay que aclarar que por esos años Donoso y yo éramos unos pendejos que no superábamos los 22 años cada uno.

La botella de un espléndido vino blanco llegó, y junto con él, la entrevista comenzó. A medida que transcurría la entrevista, tanto

Donoso como yo nos íbamos poniendo más y más alegres, hasta que tuve que dar vuelta el cassette; de improviso llegó la otra botella de blanco. Donoso se puso a sacar fotos, todas sin flash y obviamente, sin futuro. Nos emborrachamos de lo lindo. Lo único que recuerdo de ese final fue un beso en la mejilla y una invitación para ir a la librería Altamira (en el Drugstore), en donde habría una especie de tertulia.

No sé cómo, pero llegué al mediodía de aquel sábado. Tenía una cara espantosa. En el local habían *escritores-escritores* como Armando Uribe Arce y Gonzalo Contreras. Cerca de las 12:30 llegó Wacquez y lo primero que hizo fue saludar a Uribe, quien se encontraba muy compuesto en una silla de la librería. A él fue a quien primero le dirigió la palabra:

-Monseñor -le dijo y luego lo abrazó. Pero Uribe guardó la compostura.

Luego Wacquez saludó a los demás hasta llegar a mí y señalar con ironía: "Veo que llegaste". Se dio vuelta, le volvió a decir algo a Armando Uribe, enseguida se volvió hacia mí y me dijo: "Me gustaría ver esa entrevista algún día".

Y lo más raro de todo fue que lo dijo con un tono, como desconfiando de que alguna vez aquella entrevista saliera a la luz. Y tuvo razón, pues nunca vio ninguna luz: pues intentamos venderla a 2 medios, a la Revista de Libros y al suplemento de Literatura y Libros, de La Época. A la Revista de Libros le interesó, pero *para más adelante*, o sea, nunca y el suplemento de Literatura y Libros nos ofreció 13 mil pesos de esos años. No aceptamos. Y cuando por fin quise pasársela al Apsi, me dijeron que me pagarían en grabadoras y yo ya tenía varias. Me negué y luego la entrevista se extravió, y un 18 de septiembre del 2000 Mauricio Wacquez murió antes de cumplir los 61 años, como todo un patriota en el pueblo donde residía. Días más tarde correría la misma suerte su pareja de toda la vida. Antonio Avaria, compañero de generación y muy amigo de Wacquez me dijo, al enterarse de la muerte de Frances, que aquello era una verdadera historia de amor. No sé, nunca conocí al tal Frances. Sólo a Wacquez, y lo único que puedo decir en realidad es lo que se dice en estos casos:

*Ora pro nobis.*



## Bartleby

Domingo Urbano

Un hombre consigue un trabajo de actuariólogo. Durante días, infatigablemente, el joven escribiente copia todo cuanto se le dicta o cae en sus manos. Hasta que de un momento a otro, sin más, deja de cumplir su labor. Desiste. El tedio y la negación parecen haberlo sepultado detrás del biombo en donde trabajaba. Y frente a cualquier requerimiento, por las buenas o por las malas, en adelante sólo se dedica a responder: "Preferiría no hacerlo".

No es la primera vez que siento que el tema pareciera ser el mismo. Es más, no es el primer día en que me digo esto ocurrió antes, ya está bueno, penoso.

Y quizás porque lo he sentido desde muy temprano, es que tengo la delgada certeza de que al final esas ganas de hacer nada (escribir, en este caso) siempre se pasan y uno vuelve, lo reintentado, asomando la nariz desde atrás del panelcito recortado.

Y volvemos de cabeza a copiar, como el personaje de Melville.

Y me ocurre con los menos conocidos. Con esos a quienes les debemos estar metidos en esto, pero a la vez también el haber jugado - justamente - al amanuense, a ese encubierto copiadador que todos llevamos dentro y que tanto nos ha emborrachado la perdiz.

Cómo recuerdo al venezolano Luis Britto García, a los mexicanos Juan José Arreola, Jorge Volpi y Salvador Elizondo; a Puig, a Soriano, o al mismo Lihn, a Marín, a Azócar y al reciente Bolaño, entre los coterráneos... Eso sin nombrar a la considerable lista de amigos que escriben y que siempre, además de malas juntas, se han convertido en nuestras innegables influencias. Amigos poetas, amigos punk-rockers, cuentistas, editores, periodistas, profesores, teatreros, tanto o más farsantes que yo, capaces de hablar con lujo de detalles del mejor libro, todavía, escribiéndose: el suyo.

Una manga de personajes, una que otra mujer, buenos(as) para beber, fumar y dormir destapados hasta que amanece. De todos ellos hablo. De los que en lugar de reafirmar la afición a la escritura sólo nos terminan convenciendo -no sin una cuota de melodrama cuando todas esas costumbres dicen excederse (tomar, quemar, tirar)- que no vale la pena hacer nada. Algo así como ver la torre de naipes hecha y creer innecesario soplarla. Dejando en punto muerto cualquier discusión, toda intentona de fin de siglo.

La otra tarde un buen amigo me decía, "cuando leí a Juan Luis Martínez y Rodrigo Lira, me dije: todo está ahí". Yo al tiro pensé en Arlt, en Onetti, en Auster, Mutis, Kafka o en ese maléfico Cortázar que pareciera haberse bancado entera la escritura. Odio tanto a Cortázar como quiero a Bruno o a la Maga. Aborrezco tanto a Droguett que llego a sentir envidia de no llamarme Carlos y nunca haber estado exiliado en Suiza. Además, porque de seguro moriré en Chile de viejo, cegatón y atropellado algún jueves de aguacero, porque cuando llueve cómo me cuesta mirar los semáforos. (Av. Santa María es una autopista de suicidas cuando la copa del estribo se hace eterna, inenarrable).

Tal vez, sea por eso que ya no escribo, porque todo está más que dicho. Y entonces apurado uno se dedica a escribir estúpidas columnas, correos electrónicos, cartas desesperadas a la novia o a ex amantes melancólicas, sólo, tan sólo para no guardarse nada y después sufrir pesadillas, o simplemente para no empezar en la micro o de amanecida los versos de un conceptual libro de poesía o las veinticinco primeras páginas de la media docena de novelas que siempre comienzan, idénticamente, igual: un hombre encuentra o pierde a una mujer y luego se dedica, como un poseso, a escribir. El orden no importa mucho, siempre será lo mismo: un muerto más, un muerto menos, los ribetes de una dictadura perra y uno que otro de esos viajes nunca cumplidos y que sólo de enrollados, recordamos. Algo de infancia, inevitablemente la nostalgia de lo que fue y ya no será más. Del protagonista ni hablar: siempre se parece demasiado a uno mismo. Todo esto a esa hora, acaso la feliz coincidencia, cuando sorbemos un café o prendemos un cigarro guacho (yo no fumo) y lo miramos consumirse cerca de la nariz para capear el frío, el fiero silencio o ahumar la luminosa página en blanco que nos espera. Todo antes de asumir lo inevitable de una noche de teve-cable, cerveza o el discado de algún número telefónico, de esos con tinta indeleble que se nos quedaron pegados en la memoria, todavía.

Sólo eso, lo demás ya debe estar dicho, y yo: prefería no hacerlo.